

El (anti)populismo de Richard Hofstadter. El pensamiento monista en el populismo

Richard Hofstadter's (anti)populism. Monist thought in populism

Alejandro Moreno Hernández *

* Doctorando en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. MA en Ciencia Política, Universidad de Essex. Estancia de investigación doctoral realizada en el Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Universidad del Estado de Río de Janeiro.

✉ alex.morenohdz@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0000-4945-399X>

RECIBIDO: 16.3.2025

ACEPTADO: 3.12.2025

Resumen

El presente artículo analiza los debates en torno a la experiencia populista estadounidense de finales del siglo XIX. Nos preguntamos si el origen de la oscilación de la conceptualización populista podría ubicarse aquí, ya que las interpretaciones sobre esta pendulan entre la apología y el anatema. Asimismo, cuestionamos si Richard Hofstadter puede ser el padre de la peyorativización del concepto, dado que muchas de las definiciones actuales avanzaron por esta vía negativa. Exhibimos que el camino teórico del populismo no es perfectamente teórico, sino que está inmerso en la misma lucha política. Finalmente, trasladamos la discusión al nivel epistemológico, donde la discusión parece no tener fin debido a que en gran medida ambos bandos piensan en términos *monistas*.

Palabras clave: populismo, doctrina política, teoría política, EUA.

Abstract

This article examines the debates surrounding the populist experience in the United States during the late nineteenth century. It explores whether the origins of the conceptual fluctuations in the understanding of populism can be traced to this historical moment, given that interpretations of the phenomenon have oscillated between vindication and disapproval. In this context, the article also considers whether Richard Hofstadter can be regarded as a key figure in the derogatory reconfiguration of populism insofar as many contemporary definitions

have been shaped by a predominantly negative perspective. Furthermore, it argues that the trajectory of populism has not been purely theoretical but has been deeply entangled with political struggles. Finally, the discussion is shifted to an epistemological level, suggesting that the debate remains unresolved because both positions are grounded in *monist* assumptions.

Keywords: populism, political doctrines, political theory, USA.

Emerson oponía el Partido de la Memoria al Partido de la Esperanza, pero eso era en una Norteamérica muy distinta. Ahora el Partido de la Memoria es el Partido de la Esperanza, aunque la esperanza haya menguado.

Harold Bloom, *El canon occidental*

Introducción¹

En torno al fenómeno del populismo estadounidense de fines del siglo XIX existen debates académicos e intelectuales en los que diversas interpretaciones buscan posicionar de manera coherente y precisa el movimiento político en la historia del país, oscilando entre la reivindicación y la condena. En este sentido, nos preguntamos si es verdad que se puede ubicar a Richard Hofstadter (1916-1970) como el padre de la *peyorativización* del concepto.

El movimiento norteamericano muestra que el camino que ha tenido el concepto no es perfectamente teórico, sino que se encuentra contaminado por los valores políticos, el contexto y las ideas del escritor de turno. En otras palabras, sus conceptualizaciones (en algunos casos más sofisticadas) no pueden escapar a exhibir una preferencia política. Así, el significante está empapado de sentidos políticos ineludibles. Dentro del concepto y el análisis sobre el Partido del Pueblo (The People's Party) convive una pluralidad de interpretaciones, entre las que veremos las reivindicaciones del fenómeno, así como críticas a este. Esas interpretaciones estarían condicionadas por un campo parcialmente sedimentado y objetivado. Aún más: la construcción del concepto, tanto en su versión reivindicativa como en la peyorativa, revela que en gran medida ambos bandos

1 Una primera versión de este artículo fue presentada en el XVI Congreso Nacional y IX Internacional sobre Democracia, en la Universidad Nacional de Rosario (Santa Fe, Argentina). El autor agradece los comentarios de Julián Melo y Cristian Acosta Olaya, aunque se hace responsable por cualquier error u omisión.

están pensando en términos *monistas* a la hora de insertar el concepto en la historia estadounidense.

Berlin (1978, p. 251) distingue entre el pensamiento monista y el pluralista. El primero cree que «los fines humanos son objetivos: los hombres son lo que son, o cambian conforme a leyes descubribles, y sus necesidades, intereses o deberes pueden establecerse mediante los métodos correctos» (Berlin, 1978, p. 251). Sus únicos problemas para llegar a los fines serían técnicos (porque los fines serían inmutables), por cuanto habría *un camino* que lleva a los pensadores a las respuestas acertadas, una especie de guía del mundo moral, político y social (Berlin, 2000, p. 49). En contraste, el pensamiento pluralista es escéptico de cualquier solución final; asume la contingencia y el caos social; no cree que haya un rumbo de la historia, asume que los valores dominantes de una época pueden ser aborrecidos en otra y que lo social —en última instancia— sería impredecible (Berlin, 1978, pp. 252-253).

El contexto en que se dan las más importantes obras sobre The People's Party estuvo signado por la Guerra Fría, el macartismo y una búsqueda de consenso político dentro de la nación para pervivir como potencia mundial. Así, el concepto se ve condicionado por el macartismo, el cual lleva a una revaluación del populismo en el interior de esa nación. Ahí se ofrecen elementos psicosociales para explicar su emergencia, como la ansiedad por la posible pérdida de estatus económico, puntualmente en su versión peyorativa. El presente artículo explora estas interpretaciones tanto en su dimensión histórica como en sus modos de abordaje.

The People's Party, un breve relato

A fines del siglo XIX, casi a la par del populismo ruso, surgió el estadounidense The People's Party. El movimiento quedó asociado a la protesta de los pequeños agricultores y ganaderos (los *farmers*) contra las consecuencias de la industrialización y la apertura comercial, que mermaban sus ganancias. Gradualmente los *farmers* dejaron de concentrar la riqueza, y una rápida urbanización hizo que la gente empezara a migrar a las ciudades (García Jurado, 2010, p. 278).

La industrialización les trajo consecuencias contradictorias: la tierra era muy extensa, pero la escasez de mano de obra debida a la migración a las ciudades hizo necesario el uso de las máquinas. Esto multiplicó su capacidad productiva, aunque a su vez encareció la producción por el costo de la tecnología, mientras los precios de los productos bajaban por la competencia con las potencias emergentes de esa época, como Australia o Argentina (Hofstadter, 1969, pp. 13-14). Los agricultores no eran ni clase popular ni aristocracia. Eran comerciantes en el mercado local e internacional que veían amenazada su posición social (Hofstadter, 1969, pp. 8-10). Los pequeños propietarios vendían sus tierras para

irse a las urbes; otros, ante la crisis, notaban el riesgo de pasar a ser peones del campo; en definitiva, advertían que su estatus estaba en peligro (Goodwyn, 1978, p. 10).

Las protestas no solo respondían a la posible pérdida de posición económica; los agricultores también eran gente socialmente estigmatizada, al igual que los negros y los migrantes (Goodwyn, 1978, pp. 28-29). Aun así, había diferencias. Mientras en algunos estados se los integraba a las alianzas agrícolas, en otros se los miraba con escepticismo y hasta rechazo. En el sur, por ejemplo, se intentó romper las barreras sociales impuestas que dividían por raza (Hofstadter, 1955, p. 112). Tom Watson, líder populista de Georgia, sería una muestra de la pendulación del movimiento en cuanto a la integración de los negros. Al principio defendía la unidad racial, pero, en cuanto vio que ese apoyo no solo no le era útil sino que incluso le obstaculizaba crecer electoralmente, decidió apoyar un sinnúmero de leyes *antinegros* (Zinn, 1999, p. 270).

Por otra parte, la preocupación y la crítica de los *farmers* sobre el sistema financiero no fue menor. Observaban un fuerte aumento de la deuda agrícola y de las tasas de interés que les imponían los banqueros, así como la desmonetización de la plata (Salmorán, 2021, p. 23), lo que se transformaría en una de sus principales demandas. A partir de estas preocupaciones, entre finales de la década de 1880 y principios de 1890, los *farmers* decidieron crear diversas alianzas regionales rurales concentradas en el sur y el oeste del país. Empezaron entonces a esbozar una organización política que sirviera como grupo de presión hacia los dos grandes partidos nacionales. Al considerar necesario llevar «buenos hombres» a los cargos públicos, en 1892 crearon su propio partido: The People's Party (Goodwyn, 1978, p. 426). El libro *Coin's Financial School*, escrito por Harvey (1894), se convirtió en un texto de referencia para los *farmers*. En él se mencionaba que la crisis agrícola era producto de una conspiración internacional contra EUA como potencia emergente, la cual habría tenido como punta de lanza la demonización de la plata como moneda; solamente el resurgimiento de esta última podría salvar la economía estadounidense (Hofstadter, 1969, p. 16).

De este modo, la plataforma del partido proponía la acuñación libre de la plata; un impuesto progresivo sobre la renta; el control gubernamental de las carreteras y vías férreas, por cuanto son de interés público; la administración estatal de las tierras sin dueño; la eliminación de los subsidios de cualquier índole a las empresas privadas; la posibilidad del pueblo de llevar iniciativas al Poder Legislativo y la introducción del referéndum como método de participación; la elección de los senadores por voto directo y secreto de la gente; la reducción de la inmigración; el combate a la corrupción de las grandes compañías, principalmente los bancos. Además, denunciaba la falta de libertad de expresión en los medios (*Populist Party Platform*, 1892/1982, pp. 297-308).

Los populistas participaron en la elección presidencial de 1892 con James B. Weaver como candidato y obtuvieron alrededor del 9% de los sufragios. En 1896 se aliaron con el Partido Demócrata, que presentó como candidato a William Jennings Bryan. Bryan

retomó diversas demandas del Partido Populista, ellas la libre acuñación de la plata y una mayor regulación del sistema financiero. Sin embargo, la alianza significaría el declive del partido y su posterior muerte como organización.

Los terceros partidos han desempeñado roles importantes en el sistema norteamericano, pero nunca han logrado desplazar a los dos partidos mayores. Una vez que sus demandas se vuelven populares, son absorbidas por alguno de los dos partidos (en este caso, el Demócrata). «Los terceros partidos son como las abejas: una vez que han picado, se mueren» (Hofstadter, 1955, p. 181). Esto se debe en parte al mismo sistema político estadounidense. El *winner takes all* tiende a un bipartidismo y una sobrerrepresentación de los ganadores, mientras que los perdedores se quedan sin nada. Turner (1980, p. 370) argumentaría que el aislamiento relativo en el que vivían los *farmers* era su fortaleza, a la vez que su gran debilidad. Por un lado, al estar alejados de los centros políticos y culturales, tenían una independencia del poder económico y político que les daba fuerza suficiente para desafiar a los dos grandes partidos y crear su propia ideología. De igual manera, su aislamiento explica por qué fueron tan fácilmente divididos y derrotados.

De cualquier modo, la desaparición de The People's Party tuvo efectos inesperados en la política norteamericana: la intimidación electoral de republicanos y demócratas hacia los simpatizantes del Partido Populista normalizó que los blancos degradaran a los negros y a los indios. A su vez, los partidos mayores establecieron un patrón de financiamiento privado de las campañas que les generó una inmensidad de recursos de las corporaciones, impidió a los *farmers* competir de manera equilibrada y dio pie a la política como negocio (Goodwyn, 1978, pp. 896-898).

Quizás la herencia más palpable del populismo se halla en la elección por voto mayoritario de casi todos los cargos públicos, incluidos jueces, procuradores y jefes policíacos, según el Estado (Lipset, 2000, p. 51). Sin embargo, limitar su legado a este elemento implicaría saltarnos uno de los primeros debates en torno al concepto y su definición, que acabarían en cierta medida dándole sentido a nuestro tiempo.

Pero ¿cómo pudo suceder aquí? Las (re)interpretaciones del populismo estadounidense

El populismo estadounidense, su definición y sus implicaciones han sido objeto de las más diversas interpretaciones en la academia estadounidense. Hofstadter (1969, pp. 17-22) identifica ciertas proposiciones populistas de aquella época, que hoy en día se habrían convertido en lugares comunes: un *pueblo inocente*, victimizado por catás-

trofes económicas de las cuales no tendría ninguna responsabilidad, y una *élite* con capacidad de propiciar esos desastres. La frontera entre el pueblo y la *élite* era una acción práctica. Los populistas estadounidenses no rechazaban la división social del trabajo; la grieta debía marcarse pragmáticamente entre los que trabajaban para vivir y los que no (Hofstadter, 1969, p. 17). La división entre la *élite* y el pueblo no era *per se* una crítica marxista, sino a los privilegios políticos y a un particular manejo económico de los bancos.

La retórica populista adjetivaba de manera fuerte al poder financiero. Se refería a sus directivos como «*the money kings of Wall Street*» y veía a los políticos como meros empleados del poder económico y a los partidos como sus instrumentos. No obstante, el mismo Hofstadter (1969, p. 19) matiza que en el bando contrario la adjetivación no era menor: los populistas eran descritos como primitivos, demagogos y socialistas. Para este autor, los populistas propagaban un absolutismo moral *victimizante*² que daría como resultado una vida política sin reglas. Curiosamente, los progresistas que pugaban por un relativismo moral —y hacían que cualquier situación se volviese particular, minando la confianza en el significado de cualquier juicio moral— arribaron a la misma meta (Hofstadter, 1955, pp. 29-31). Paradójicamente, la conceptualización de Hofstadter (1955) caería en un *absolutismo* al desarrollar una definición que no matiza los efectos del populismo norteamericano, sino que resalta únicamente sus elementos denigratorios.

Otra característica común del populismo estadounidense era exaltar las virtudes del *pueblo*. En particular, los *farmers* ocuparon un lugar privilegiado sobre el resto, porque eran ellos los que hacían posible que los alimentos llegaran a los hogares y también por su sencillez y la virtud de ser autónomos. Según esta concepción, solo ciudadanos de este tipo podrían sostener un gobierno democrático (García Jurado, 2010, p. 279). En este marco, el *yeoman* (hombre rural) aparecía como el hombre ideal, que tendría una relación privilegiada con el gobierno por su actividad productiva única e indispensable para la sociedad. Además, los populistas glorificaban la vida en el campo y su tranquilidad afirmando que la felicidad estaba allí.

Hofstadter (1955, pp. 43-50) llama a esta concepción *mito agrario*. Considera que fue propagado por la literatura y por los intelectuales y que sus raíces se encuentran en los Padres Fundadores. El mismo Benjamín Franklin sostenía que la agricultura era la única manera honesta de adquirir bienestar y mejorar la posición socioeconómica. En la era jeffersoniana, este *mito* sirvió como base a la idea de que tanta tierra despoblada sería suficiente para todos. De esta forma, el agricultor adquiriría un traje de superioridad moral y cívica y se convertía en un símbolo de una nación nueva, fresca y pujante.

2 Jan-Werner Müller (2016, pp. 82-83) afirma que actualmente los populistas, incluso en el poder, se siguen comportando como víctimas, como minoría maltratada, y culpan a las élites (nacionales o extranjeras) de actuar tras bambalinas para así provocar las fallas del populismo en el gobierno.

Comúnmente se dice que en los populismos existe una admiración y un intento de regreso hacia el pasado. Si bien los populistas intentaron presentarse como herederos de los Padres Fundadores (García Jurado, 2010, p. 279), para Pollack (1976) la alusión al pasado se encuentra aminorada. La ideología del país se basa en que «el presente es mejor que el pasado y el futuro será mejor que el presente» (Goodwyn, 1978, p. 13), y además todo debe ser presentado como *nuevo y grande* (Hofstadter, 1955, p. 29). Entonces, mostrarse como *conservador* o restaurador del pasado no parece muy atractivo para la población. En esta línea, los populistas no buscaban un pasado preindustrial, sino que sus propuestas iban enfocadas a su adaptación a la nueva época (Pollack, 1976).

En las primeras horas de su nacimiento como nación, Crèvecoeur felicitó a los Estados Unidos por no tener un pasado feudal ni un presente industrial, por no tener un poder eclesiástico, monárquico, real o aristocrático ni una clase manufacturera, y concluyó efusivamente: «Somos la sociedad más perfecta que existe ahora en el mundo». Aquí estaba una de las ironías que el agricultor sufrió: los Estados Unidos eran el único país en el mundo que comenzó con perfección y aspiraba al progreso (Hofstadter, 1955, pp. 61-62).³

En la interpretación de Hofstadter (1955), los *farmers* aparecieron como seres frustrados porque se habían abrazado al progreso y al futuro sin éxito; por el contrario, habían sufrido un declive en sus valores y sus ingresos. Por lo tanto, su compromiso con el *mito agrario* se volvió una punta de lanza para su proyecto político.

La utopía de los populistas estaba en el pasado, no en el futuro. Acorde con el mito agrario, la salud del Estado era proporcional al grado en que estaba dominada por la clase agricultora, y esta suposición apuntaba hacia la superioridad de una era previa. Los populistas miraban hacia atrás con el anhelo del Edén perdido, a la república norteamericana de los primeros años del siglo XIX, cuando había pocos millonarios y, en su visión, no había mendigos; cuando el trabajador tenía excelentes perspectivas y el agricultor tenía abundancia; cuando el político todavía respondía a la gente y no existía el poder del dinero. (Hofstadter, 1955, p. 115)⁴

Para Pollack (1976, p. 15) esto no es cierto, pues los agricultores no rechazaban la industrialización. Al oponerse a los monopolios procuraban profundizar el capitalismo, buscaban soluciones para adaptarse a una nueva sociedad. Hofstadter (1955, p. 115) concedería que los populistas nunca manifestaron explícitamente esa superioridad del

3 Traducción propia.

4 Traducción propia.

pasado, pero daban a entender que aspiraban a una restauración preindustrial sin aperturas comerciales. Como ejemplo, habían retomado eslóganes de la era jacksoniana: «Derechos iguales para todos, privilegios para nadie», aunque ¿harían eso por su presunta preferencia por el pasado o por la atracción de la frase? Kazin (1998, p. 2) va en la misma vía que Hofstadter (1955) al afirmar que una singularidad del fenómeno norteamericano reside en denunciar los poderes que supuestamente estarían transgrediendo los *valores fundacionales* de la nación. En ese sentido, el populismo uniría a la vez que dividiría. Incluso, el mismo Kazin (1998, p. 10) pensaba que los populistas, en especial Tom Watson, pretendían volver a la *era dorada*, la Era del Hombre Común (1830-40). De cualquier modo, no se advierte consenso sobre el uso del pasado en el populismo norteamericano.

La teoría de la conspiración aparece como otro ítem del movimiento. Para los *farmers*, toda la historia estadounidense desde la Guerra Civil hasta sus días se podía entender como una conspiración sostenida por el poder financiero internacional (Hofstadter, 1955, p. 129-130). Los *farmers* eran presentados como víctimas de los intereses de los banqueros internacionales y nacionales. La conspiración (o la suspicacia al respecto) ha estado siempre presente como elemento de explicación, plausible o no, de diversos acontecimientos; como se torna muy difícil de comprobar, basta con que tenga un mínimo de coherencia para que sea medianamente creíble. En la política, este elemento conspiratorio es más frecuente, pues varios acuerdos o estrategias se definen tras bambalinas, tienen carácter secreto (Hofstadter, 1955, pp. 129-130). La denuncia de la corrupción ilustra bien este elemento. La corrupción está caracterizada por la intriga: se trata de un arreglo ilegal entre al menos dos partes que necesariamente tiene que darse *por debajo de la mesa*.

La conspiración ha estado presente en la historia estadounidense⁵ desde antes de la irrupción política de los *farmers*. Por lo tanto, que haya formado parte de sus ítems no es sorpresivo. En otras palabras: no es un elemento exclusivo de este movimiento político. Incluso, la corrupción como tema novelesco cobra cierto auge desde la década de 1870, lo cual da pie a las teorías de la conspiración (Hofstadter, 1955, p. 340), aunque dos particularidades de su argumentación conspirativa serían su antisemitismo y su anglofobia (Hofstadter, 1955, p. 138).

5 Jefferson pensaba que los federalistas estaban conspirando para conformar una monarquía. Algunos federalistas creían que los jeffersonianos conspiraban para subvertir el cristianismo. El movimiento para la anexión de Texas y la guerra con México fueron mencionados como una conspiración de los esclavistas (Hofstadter, 1955, pp. 130-131). Bell (1988, pp. 117-118) añadió que una sociedad inestable es ansiosa. Eso daría pie a las teorías conspirativas. El caso estadounidense resaltaría más porque el estatus socio-económico no está predeterminado; la gente no es reconocida de inmediato por su apellido. Por ende, la adquisición de estatus se vuelve la vía para el reconocimiento, y el riesgo de perderlo provoca ansiedad y explicaciones conspirativas.

El antisemitismo era un rasgo de los populistas enteramente verbal, porque no llegaron a proponer leyes que excluyeran a los judíos, pero activó el antisemitismo moderno norteamericano y se volvió un síntoma de credulidad simbólica en muchos ciudadanos (Hofstadter, 1955, p. 142). No obstante, para Nugent (2013, pp. 15, 135) esto es por lo menos exagerado —sí criticaban a Rothschild y a los ingleses, así como a Wall Street— ya que los cuestionamientos estaban enfocados en las instituciones que presidían, no en las personas. Si bien es cierto que hay un par de casos aislados, estos eran *overstatements* de algún referente regional o alguna frase desafortunada (Nugent, 2013).

En algunas críticas se llegaba a adjetivar a los populistas como *antiintelectuales* sin respeto a las élites. Juzgaban a las élites como muy elegantes y pretenciosas, y atacaron sus ideas por ser inglesas, judías y no reflejar un carácter nacional ni patriótico. El *antiintelectualismo* expresó la oposición populista contra todo tipo de élite (Lipset, 1993, p. 298). Sin embargo, para Nugent (2013, p. 8) esto era una inferencia, una interpretación de algunos autores que se limitaban a hacer *cherry-picking* de algunas frases de ciertos referentes regionales (a veces ni siquiera muy conocidos). Incluso considera que todos los partidos en aquella época tenían actitudes hostiles respecto a la inmigración, los judíos y el Viejo Mundo, y que acaso los populistas mostraron una posición más flexible (Nugent, 2013, p. 140).

Otro sostén del populismo estadounidense era el respeto a las reglas del juego de la democracia. El populismo amenazaba la estabilidad bipartidista y el *statu quo*. Sin embargo, no buscaba la destrucción de la democracia liberal, sino su profundización con muchas reformas que posteriormente serían aprobadas en el propio país. De allí que muchas caracterizaciones recientes definan al populismo por su alcance movilizador masivo y su compleja relación con las instituciones democráticas (Rabotnikof, 2018-2019, p. 14). Como no podemos predecir el *outcome* del populismo en el poder, algunas interpretaciones advierten los riesgos de una posible degradación del entramado democrático y abogan por la capacidad de las instituciones y los partidos para canalizar las demandas del malestar populista, teniendo como referencia la forma en que el Partido Demócrata logró absorber las principales demandas de The People's Party. Redondo (2018, p. 189) complementó la argumentación afirmando que el propio sistema estadounidense de *pesos y contrapesos*, así como la fundación del país con base en una profunda desconfianza hacia la concentración de poder, disminuye el riesgo de que el populismo *destruya* la democracia.

La acusación al populismo de ser nativista o patriota fue matizada por Kazin (1998, p. 12), hasta el grado de afirmar que el *americanismo* era parte del lenguaje de la política nacional:

Este era el credo con el que se ganó la independencia y por el que todos los patriotas lucharon. Era asombrosamente idealista: en esta nación única, todos fueron creados iguales, merecían la misma oportunidad de mejorar, y eran ciudadanos de una república autogobernada que consagró la libertad del individuo. Era también orgullosamente defensiva: Estados Unidos, una tierra desprovista de ventajas, cuyo pueblo estaba en constante guardia en contra de las depredaciones de los aristócratas, constructores de imperios y *self-aggrandizing officeholders* tanto dentro como fuera del territorio (Kazin, 1998, p. 12).⁶

En el discurso populista, el *americanismo* consistía en obedecer el mandato del pueblo, ya fuera para buscar una sociedad más igualitaria o para proclamar una mayor libertad individual sin interferencia estatal; era el pueblo el que debía elegir y el gobierno el que tendría que obedecer. Oponerse a la voluntad de la gente sería *antiamericano* (Kazin, 1998, p. 12). Taggart (2000, p. 45) escribió que el populismo estadounidense había logrado ser visto como norteamericano más que como populista —gracias a los «propios poderes de absorción del populismo»—, pero ¿esto no se debía más a la identidad estadounidense, a su propia narrativa y presentación como nación *única e irreplicable*? Por ende, la variante sería la forma de enaltecer el *americanismo*. Su utilización estaba inserta en el lenguaje político, era parte del sentido sedimentado de la sociedad; lo que estaba en disputa eran las diversas interpretaciones que tendrían las reivindicaciones de la patria. Consiguientemente, hablar de un énfasis nativista o patriota en el discurso populista parecería un tanto exagerado.

Por otra parte, Goodwyn (1978, pp. 921-927) reivindicó al movimiento populista como un intento igualitario que buscaba romper con la supremacía blanca desde «arriba» debido a su propio *ethos* blanco. No se trató de un movimiento triunfador, sino de un momento de promesa democrática. Muchas de sus demandas fueron implementadas en el New Deal, y resultaron útiles o inofensivas en el peor de los casos (Hofstadter, 1955, p. 113). Sus intentos de cooperativismo a través de las alianzas regionales fueron loables para Goodwyn (1978): la «hermandad de las alianzas» intentaba responder a la pregunta de cómo vivir en comunidad y revelaba cómo un individualismo exagerado no ayudaba a las personas, sino que estas necesitaban el apoyo de los demás. Sin embargo, Hofstadter (1955, pp. 77-78) criticó la concepción cooperativista. Para él, los agricultores eran empresarios que trabajaban duro, apostaban por su tierra y se preocupaban únicamente por sus intereses. Eran especuladores intentando velar por el bien de su familia. En la tierra no solo estaban invirtiendo su capital, sino también su propia mano de obra, además de su casa. Entonces, para Hofstadter (1955) el cooperativismo no era tal, sino una presión para la intervención del gobierno en el mercado.

6 Traducción propia.

Worsley (1969, pp. 220-221), por su parte, identificó al populismo norteamericano como un movimiento de masas por excelencia, caracterizado por la hostilidad hacia aquellas instituciones que los agricultores pensaban que iban en contra de sus intereses, por un énfasis en remedios financieros y monetarios (principalmente, la situación de la plata), por una creencia en la acción del Estado para tener un mercado más justo —no iban en contra de la competencia, pero pensaban que el Estado debía apoyar a los más desfavorecidos en ella—, así como por un intento de movilización más allá de la base rural, que se buscaba extender en la clase trabajadora de las ciudades.

En otro sentido, Nugent (2013, p. 6) resaltó diversos intentos de llevar el populismo hacia lo *despectivo*, entre los que se encontraría Victor Ferkiss, quien llegó al extremo de afirmar que el fascismo norteamericano había encontrado sus raíces en el populismo estadounidense, por su presunto antisemitismo, sus críticas a la democracia de EUA, al capitalismo financiero, a la socialdemocracia, y su creencia en una presidencia fuerte que lograra crecer y preservar las clases medias.

Hofstadter (1955, pp. 10-11) fue más allá, al subrayar que el populismo no se limitaba al partido político, sino que era un impulso popular endémico a la política estadounidense. Ya se encontraban esbozos de este en los movimientos antimonopolio de la era Jackson, y su tradición continuó en el progresismo, principalmente en la era rooseveltiana. Sin embargo, el mismo Hofstadter (1955, pp. 112-113) concedió que la experiencia populista había sido el primer movimiento de importancia práctica en insistir en que el gobierno tenía alguna responsabilidad en el bienestar común, y que fue también pionero en atacar los problemas y las disyuntivas creadas por la industrialización.

Empero, a la hora de hacer su caracterización, el autor dijo que la ideología populista mostraba la idea de una edad dorada, el concepto de las armonías naturales, una versión dualista de las luchas sociales, la teoría de la conspiración de la historia y la doctrina de la primacía del dinero. A su vez, matizó que toda conceptualización significa un riesgo porque implica extraer el fenómeno del contexto, buscando simplificarlo. Además, nombrarlo, ponerle una etiqueta, sugiere que tiene una formalidad y una coherencia que quizás en la realidad no tenga (Hofstadter, 1955, p. 114). Consecuentemente, cabría preguntarse si la misma definición es posible. El riesgo al dar una caracterización o conceptualización es consustancial a esta. No puede eliminarse porque entonces no tendríamos un sistema de significación.⁷

7 Si todo concepto necesita apartarse de su contexto para lograr una coherencia interna, así como externa a un sistema de significación, ¿las particularidades que irá perdiendo no lo harían despojarse del propio sentido original? Ahí caeríamos en dos problemas: por un lado, ¿quién define los elementos que se van excluyendo y con qué criterio?; por otro lado, ¿el sentido original de la palabra o del evento existe?, ¿quién lo conoce o quién lo determina? No intentamos responder estas interrogantes, sino meramente plantearlas para reconocer nuestras propias limitaciones al momento de estudiar cualquier fenómeno social. Aún más: la selección de rasgos relevantes es indispensable, pues la mente humana no puede procesar la infinidad de hechos y datos

El propio Hofstadter (1955) fue víctima de su propio «éxito». Su notoriedad como crítico del populismo se debió en gran medida a la definición y los rasgos negativos que fue mencionando, sin tomar en cuenta los matices que pueden apreciarse por momentos en *The Age of Reform*. En otras palabras, su obra fue retomada para recalcar únicamente unos rasgos desfavorables, tal como él mismo hizo en su intento de conceptualización. Aún más: Collins (1989, p. 159) apuntó que la ambigüedad en la obra de Hofstadter fue inintencionada. Era una característica propia de la discusión intelectual de la década de 1950 en Estados Unidos, que incluso permitió la ambivalencia como expresión artística, considerada un rasgo positivo y no una condición indeseable. Este rasgo en buena medida explicaría el ascenso intelectual de Hofstadter, que prácticamente lo convirtió en el portavoz de una generación intelectual (Collins, 1989, p. 159) y puso al populismo norteamericano en una situación de disputa conceptual, ya que para elaborar una descripción del fenómeno resaltó únicamente una parte de él.

Estas evidentes limitaciones llevaron a la polisemia del término y pusieron al populismo norteamericano en debate. Para Woodward (1959-1960, p. 56), este debate toma vuelo después de que Truman abandona la Casa Blanca, pues el encuentro con el macartismo es sorpresivo para los intelectuales. Entre las razones de la convergencia del populismo con el macartismo se destaca que ambos son movimientos del oeste del país, que comparten las teorías de la conspiración, el nativismo y el antisemitismo (Woodward, 1959-1960). En esta ola, la obra de Hofstadter (1955) logra su revuelo. Ahí consigue sistematizar el populismo en la historia estadounidense de manera coherente, a diferencia de otros autores (Nugent, 2013, p. 14). Bell (1988, p. 311) veía la obra de Hofstadter como resultado normal de la época de los cincuenta en EUA, cuando la irrupción del macartismo llevó al mundo académico e intelectual a una (re)valuación del fenómeno populista. En este caso, el macartismo y el populismo fueron explicados por aspectos sociológicos y psicológicos, tales como la ansiedad ante la posible pérdida de estatus, antes que a partir de nociones más convencionales, como las clases o los grupos de interés (Bell, 1988, p. 311).

Jäger (2016, p. 8) apunta que los consensualistas —entre ellos, Hofstadter— trataron de aminorar el componente de clase en la academia norteamericana valiéndose principalmente de las ideas de Pareto sobre la agencia, que distinguen entre modos de sociabilidad lógicos y no lógicos, así como entre motivaciones económicas y no económicas en las decisiones políticas. Pollack (1965) —con la influencia del pensamiento de Sartre— describió los años cincuenta en EUA como una era intelectual obsesionada con el consenso y el equilibrio para evitar cualquier tipo de autoritarismo.

que la realidad contiene; por esta razón, querer conceptualizar pretendiendo hacer una copia de la realidad es inviable. Ergo, solo podemos acceder de forma *parcial* al conocimiento (Burger, 1976, p. 66).

¿Cuáles son las implicaciones del consenso como marco? ¿Es una respuesta temporal a las condiciones de la Guerra Fría? Si es así, ¿cómo puede uno dar cuenta del miedo excesivo a las protestas sociales que existieron en el pasado, o nuestro entusiasmo por imponer un patrón de equilibrio en ese pasado, o nuestra prontitud en aceptar las acusaciones contra el populismo? En una palabra, ¿la búsqueda del consenso refleja una mayor ansiedad que la derivada de la preocupación por el macartismo en el país y las tensiones en la escena internacional? (Pollack, 1965, p. 65).⁸

En este sentido, el *consenso* se convierte en el *punto de llegada* de los análisis, en algo virtuoso por sí solo. La interpretación hofstadteriana, al situarse en este marco, tenía que tratar al populismo como *anomalía*, debido a que surgió como un movimiento que puso en jaque al sistema bipartidista. La selección de rasgos mayormente negativos no es casual, porque el *consenso* era el rumbo para los intelectuales y políticos de Estados Unidos. Por lo tanto, el populismo norteamericano no podía ser reinterpretado como una *excepcionalidad reivindicativa*, fundamentalmente por el trazo de una frontera antagónica.

Para Nugent (2013, p. 18), Hofstadter (1955) consiguió su *boom* porque ubicó a los populistas como empresarios devotos de la vida comercial, como cualquier otro estadounidense común. A pesar de la utilización del *mito agrario*, sus creencias económicas en la práctica no diferían de las del resto del país. Muestra también que los populistas parecían ir en contra de un grupo, pero en realidad eran ejemplos de una época, «la era de la reforma». Por último, Hofstadter (1955) afirmó que los populistas vendieron tanto el *mito agrario* que acabaron por creérselo, y así engendraron «aberraciones neuróticas» tales como el nativismo, la conspiración y el antisemitismo.

El mismo Nugent (2013, p. 21) añadiría que, en esta inversión retórica, Hofstadter (1955) se valió de las ciencias del comportamiento para explicar el *populismo*. De esta forma, los *farmers* eran unos «resentidos sociales» porque habían perdido su estatus social o estaban por perderlo, y porque culpaban de sus males a un grupo minoritario que quizás tenía poco que ver con las causas reales de sus problemas. En suma, su motivación era irracional porque sus acciones no venían de una deliberación (pese a intentos colectivos como la Plataforma de Omaha, las alianzas regionales y la creación de la plataforma del partido), sino del subconsciente, de la libido o de algún rasgo psicopatológico. Incluso, serían acusados de una sobresimplificación al creer, presuntamente, que la libre acuñación de la plata sería la solución de todas sus demandas.

8 Para Pollack (1965, p. 65), el consenso es un signo del pensamiento estereotipado. No solo se trata de una tendencia que rígidamente categoriza los datos sin analizar la situación histórica específica, sino que también busca colocar a toda la historia en un mismo molde. Cuando los datos son tratados solo en términos de categorías preestablecidas, este tipo de pensamiento reflejaría el deseo de eliminar la incertidumbre de los mismos procesos sociales.

Rabotnikof (2018-2019, pp. 13-14) matizó que la operación *hofstadteriana* se mantuvo en cuestionamiento en EUA, pero alcanzó mucho éxito en otras naciones, principalmente en Europa, donde el populismo quedaría fuertemente asociado al fascismo y al autoritarismo. La particularidad interpretativa de los EUA recayó en que:

La integración de las demandas a través de canales partidarios y del escenario democrático liberal llevó a que los rasgos más negativos (nativismo, antiintelectualismo, resentimiento, racismo e incluso xenofobia) fueran predicados casi exclusivamente de los políticos individuales y se entendieran como rasgos personales o vicios morales, o como «corrientes culturales» subterráneas (o no tanto). (Rabotnikof, 2018-2019, p. 13)

Por ello, en la misma academia estadounidense, hay quienes enaltecen la experiencia del partido y los *farmers* como uno de los legados democráticos más importantes en la historia del país, mientras que otros la tachan de fascista y pionera del macartismo.

En el primer grupo encontramos a Pollack (1976, pp. 23, 143), quien define esta experiencia como una fuerza social progresista que aceptó la industrialización. Además, logró cuestionar a la sociedad y al gobierno por el *outcome* de la posición social del individuo, a diferencia de otras ideologías que la veían como mero resultado de la persona, sin relación con una estructura social. A su vez, Critchlow (2020, p. 12) propone situar al populismo norteamericano en una manera reivindicativa donde se puedan ver las consecuencias reformistas que tuvieron los diversos movimientos populistas de la nación y de qué forma se convirtió el populismo en «esencial para las reformas democráticas de la tradición política estadounidense» (Critchlow, 2020, p. 12). En consecuencia, esta versión vincularía al populismo con un *punto de llegada positivo*: el desarrollo democrático. ¿Compartirían la misma manera preconcebida de la sociedad de los *consensualistas*? En todo caso, el desarrollo político de EUA asoma como deseable, solo que unos verían al populismo como parte *esencial* de ese resultado y otros como su *amenaza*.

En el segundo grupo podríamos ubicar a Hofstadter (1955), cuyo análisis se ve claramente influido por las ideas de Le Bon (1895/1963) cuando habla sobre la irracionalidad de las masas. Todavía más: intenta explicar el pasado a la luz de los acontecimientos de su época, tales como el fascismo italiano, el nazismo, el macartismo⁹ y, por supuesto, la Segunda Guerra Mundial. Lipset (1993, p. 144) incluso llegaría a afirmar que

9 Lipset (1993, pp. 146-147) compararía la base de apoyo del fascismo y el nazismo con el macartismo: ambas se dirigen a clases medias independientes tanto rurales como urbanas, producto de sectores de la sociedad que se sienten desplazados de las tendencias de la sociedad moderna y sus transiciones, principalmente estos movimientos lograrían su apoyo entre pequeños comerciantes que se hallaban en las zonas más aisladas. Su descontento los lleva a aceptar ideologías irracionales como: regionalismo, racismo, *supernacionalismo*, xenofobia y fascismo. Para Turner (1980, p. 372), el aislamiento formaría parte de la historia política norteamericana como forma de contestación hacia la política dominante, debido a la extensión territorial que

hasta cierto punto el Ku-Klux-Klan constituyó una «expresión rezagada del populismo provincial».

La época de la publicación de *The Age of Reform* (1955) estuvo caracterizada por el auge de la política exterior como principal problema de los Estados Unidos: el inicio de la Guerra Fría, la irrupción del comunismo en China y el sureste asiático, así como el ataque a Pearl Harbor, fueron acontecimientos que darían lugar a las relaciones internacionales como tema de debate (Bell, 1988, pp. 119-120). La política exterior usualmente se ha explicado más dentro de marcos morales que dentro de marcos pragmáticos. En este sentido, el debate de la década de los cincuenta estaría centrado en los primeros marcos (Bell, 1988, pp. 119-120). Por ende, la adjetivación hofstadteriana en torno al populismo no es sorpresiva.

De este modo, para Canovan (1981, p. 11), ambas posiciones respecto a The People's Party revelan la preferencia política de los intelectuales. Handlin (1965, pp. 68-74) agrega que las dos posturas eran producto de la tendencia maniquea de la historia, por la que intentamos dividirla entre buenos y malos para simplificarla. De acuerdo con este último autor, ambas posiciones tenían algo de razón: es cierto que la lucha populista buscaba ayudar a los más pobres, que tenía ideas progresistas y que algunas de estas ideas fueron implementadas en el New Deal y mejoraron la democracia estadounidense, aunque también es cierto que presentaban cierta intolerancia hacia los ingleses, los judíos y los inmigrantes. En conclusión, no eran ni santos ni demonios; eran hombres comunes tratando de responder a los cambios provocados por la industrialización.

¿Podríamos agrupar en estos dos bandos a los académicos que estudian este fenómeno o actualmente esta clasificación no da cuenta de la heterogeneidad y la polisemia achacadas al populismo? ¿Será esta disputa la que dé sentido al debate de nuestros días? ¿Cuál sería el límite entre la descripción y el análisis del evento y el repudio o el halago a este? ¿Sabemos en qué momento traspasamos ese límite? ¿Cómo afectaría esto la construcción misma del concepto? Consideraríamos que hay una frontera poco clara entre el análisis *objetivo* de cualquier autor y la revelación de su posición política. Como resultado, cualquier obra aparecería como una mezcla de ambos elementos. No buscamos resolver este problema, sino simplemente registrarlo para conocer las propias limitaciones de la construcción del concepto. En esta dirección, Mannheim (1941/2004, pp. 62-63) sostiene que uno de los peligros que entraña la alianza entre política y ciencia es que la discusión académica (de principios del siglo XX) habría estado contaminada por la *política*, en tanto esta ya no solo se concentra en tener la razón, «sino en demoler los cimientos de la existencia social e intelectual de su adversario». La ambivalencia en

empujaba a muchos de sus ciudadanos hacia el campo. Inclusive, el debate entre «localistas» y «cosmopolitas» data de la década de 1770, donde los «localistas» coincidían en varios puntos con la base social de los populistas.

la disputa por el término *populismo* estaría signada por la transformación de la refutación teórica en «un ataque mucho más fundamental a toda la situación vital del adversario, y con la destrucción de sus teorías se espera también socavar su posición social» (Mannheim, 1941/2004, p. 63).

Lipset (2000, p. 250) subraya que el énfasis sectario de los intelectuales es reforzado por el *americanismo*, en el que EUA define su razón de ser como nación. En este sentido, el populismo y su legado en la historia norteamericana no escaparían de orientaciones casi *absolutistas*. Por consiguiente, las múltiples interpretaciones tratarían de responder cómo el populismo se inserta de manera coherente en lo que es Estados Unidos, ya sea para desprestigiar al fenómeno o para reivindicarlo. Al respecto, la disputa académica-intelectual no está centrada en la conceptualización sino en la interpretación del fenómeno estadounidense. Tanto quienes lo reivindican como quienes lo denuestan intentan ubicar al populismo de manera coherente y lógica en la historia de los EUA porque buscan de algún modo exhibir el *outcome* político del país como deseable. Pese a que Hofstadter relativiza su definición y acepta algún rasgo positivo del populismo, toda su conceptualización avanzó por la vía *denigratoria*.

De esta manera, el debate podría desplazarse desde las interpretaciones políticas del fenómeno hacia una discusión epistemológica entre el monismo y el pluralismo de Berlin (2000, pp. 49-56), ya que parece que los estudios del populismo norteamericano no logran incorporar las opiniones del otro en sus análisis, ni reconocerlas. Consecuentemente, caerían en el monismo, porque muestran incapacidad de exhibir las contradicciones y los procesos de cambio discursivo de los *farmers*. Destacan *únicamente* una parte de la historia, la que encajaría con *mayor coherencia* en la historia estadounidense, sustentaría sus presupuestos epistemológicos y exhibiría un rumbo político deseable.

Quizás hasta inintencionadamente sean esta disputa y las diversas interpretaciones en torno a la experiencia norteamericana las que nos llevan a pensar al populismo como *forma*, la cual lo despojaría de adjetivaciones inherentes, más allá del contenido moralizante de la frontera antagónica.

Desde la experiencia estadounidense, el populismo se pensó como una fórmula política centrada en una lógica diádica entre los de abajo y los de arriba que tiende a adoptar un lenguaje moralizante: unos son puros, sencillos, cívicamente abnegados, simples y austeros, y los otros son corruptos, hipócritas y demoníacos. La dicotomía entre arriba y abajo, y sobre todo la moralización de las identidades de unos y otros, se transformaron en rasgos adjudicados al populismo como un tipo ideal construido por las ciencias sociales, y el malestar y el resentimiento también se identificaron en términos teóricos como elementos que surgen en situaciones de crisis generalizada y de declive de legitimidad de las élites dirigentes. En todo caso, más que un tipo de régimen, una forma de Estado o una orientación política redistributiva, el populismo se identificó, en

el seno de esta vertiente, de manera progresiva con un estilo político personal y con una retórica *antiestablishment*. (Rabotnikof, 2018-2019, pp. 14-15)

Esto traería consecuencias contradictorias para el populismo: logra su indeterminación hacia objetos positivos (democracia, progresismo) y negativos (fascismo, racismo, xenofobia), aunque su énfasis en la *forma*, más que en el *contenido*, provoca que en determinados contextos pueda estar vinculado a alguno de estos dos tipos de objetos. La historia está llena de extrañezas e ironías (Hofstadter, 1955), y los intentos de conceptualización en esta ocasión no son la excepción. Al menos en el argot estadounidense, tanto la acepción positiva como la negativa serían adaptables, y ambas supieron construir de manera convincente sus argumentos. Esta misma ambigüedad haría que la retórica populista pudiera traslapar fronteras ideológicas, porque su apelación a la voluntad, los intereses de la mayoría y los ideales patrióticos pueden ser retomados por conservadores hostiles al liberalismo y anticomunistas, así como por personas de izquierda (Kazin, 1998, pp. 192-193). Esta retórica que busca resaltar las virtudes de *the working man* y defenestrar los privilegios de la élite forma parte del repertorio de los políticos estadounidenses, por su efectividad y capacidad de persuadir a gente de diversas ideologías (Kazin, 1998, p. 272).

Finalmente, hemos visto una serie de elementos que nos acercan mucho más a la discusión contemporánea del populismo, entre los que destacamos el trazo de una frontera política que adjetivaba al adversario; una relación tensa con las instituciones democráticas, pero sin rechazarlas; un «movimiento de masas por excelencia»; y una disputa intelectual que oscila entre la reivindicación de la experiencia populista y su condena, pero que en todo caso remite al populismo a una sola interpretación.

La diferencia estriba en que en un caso el argumento se fundamenta a partir de un *precepto normativo* —el consenso democrático—, mientras que quienes lo reivindican se basan en la supuesta *evidencia empírica* —las *consecuencias* políticas del fenómeno para el desarrollo democrático de los EUA. Así, quienes son más críticos del populismo (los consensualistas) remiten al consenso como precepto normativo y presumen que el desarrollo estadounidense se logró *a pesar de* la amenaza populista *farmer*; en el otro lado, quienes reivindican el populismo insertan al fenómeno en la historia como un evento *fundamental* para comprender el progreso de la nación, como el acontecimiento que contribuyó a construir un *orden deseable*, pero simplemente se trata de una interpretación posible entre otras. Entonces, el objeto (el populismo estadounidense) estará en disputa, y por ende lo estarán sus conceptualizaciones futuras.

Conclusiones

El populismo norteamericano fue respetuoso de las instituciones políticas y se propuso competir en las elecciones para tomar el poder. Sus miembros eran reformistas socialdemócratas, aunque otras interpretaciones los presentan como restauradores del pasado. The People's Party comenzó desde la base del campo y no desde una élite intelectual.

En EUA el pasado no estaba idealizado como rumbo. Se buscaba retomar los valores fundacionales perdidos, preguntándose de qué manera se insertarían en el futuro industrializado. No era un rechazo a la industrialización ni al progreso tecnológico; más bien, era un llamado a que este desarrollo no se concretara a costa de las ganancias y la posición social de los *farmers*. El populismo norteamericano nunca rebatió la existencia del Estado; por el contrario, buscaba su fortalecimiento y hacerlo responsable del *bienestar general* (Worsley, 1969, p. 222).

El debate centrado en The People's Party nos acerca a la discusión contemporánea del populismo, en la que las interpretaciones intentan dignificar o lapidar al fenómeno. En ese debate, Hofstadter (1955) formuló una caracterización que se volvería común para quienes tienen una visión negativa del concepto, en la que algunos esfuerzos se centran más en la forma que en el contenido y se acercan más a un *tipo ideal* (Kazin, 1999; Rabotnikof, 2018-2019), con las propias limitaciones de abrir el concepto, pues este abarcaría a (casi) toda la política (estadounidense y occidental) como estilo o retórica. Sin embargo, lo que ganaría en espacio lo perdería en especificidad.

Su propia apertura provoca que se vea en disputa y que en gran medida existan orientaciones *monistas* a la hora de aprehender el fenómeno. La meta principal de los autores citados era insertar al populismo estadounidense de manera coherente dentro de la historia de su nación. Así, las obras no consiguen matizar el fenómeno, sino que lo *usan* para colocarlo como un *factor esencial para las reformas democráticas* o como una *aberración* por engendrar el antisemitismo, la xenofobia y una versión dualista de la historia que pondría en jaque a la democracia.

El intento de reconstruir esta historia ha tenido como objetivo central mostrar que la manera de concebir el concepto no solo da cuenta de las distintas preferencias políticas de los autores, sino que en el nivel epistemológico comparten el mismo modo de concebir a la sociedad como una forma que aspira a aprehender la *esencia* del objeto para relatar una historia coherente, que es incapaz en última instancia de dar cuenta de los múltiples análisis y contradicciones del propio fenómeno. Finalmente, desde su origen (occidental), el concepto (populismo) nace *roto*, por cuanto el fenómeno reúne diversidad de interpretaciones que oscilan entre la apología y la denigración del propio objeto.

Referencias bibliográficas

- Bell, D. (1988). *The end of ideology: On the exhaustion of political ideas in the fifties*. Harvard University Press.
- Berlin, I. (1978). *Conceptos y categorías*. Fondo de Cultura Económica.
- Berlin, I. (2000). *The power of ideas*. Princeton University Press.
- Burger, T. (1976). *Max Weber's theory of concept formation*. Duke University Press.
- Canovan, M. (1981). *Populism*. Harcourt Brace Jovanovich.
- Collins, R. M. (1989). The originality trap: Richard Hofstadter on populism. *The Journal of American History*, 76(1), 150-167.
- Critchlow, D. T. (2020). *In defense of populism: Protest and American democracy*. University of Pennsylvania Press.
- García Jurado, R. (2010). Las raíces del populismo: Los movimientos populistas del siglo XIX en Rusia y Estados Unidos. *Argumentos*, 23(63), 267-288.
- Goodwyn, L. (1978). *The democratic promise: The populist movement in America*. Oxford University Press.
- Handlin, O. (1965). Reconsidering the populists. *Agricultural History*, 39(2), 68-74.
- Harvey, W. (1894). *Coin's financial school*. Kessinger Publishing.
- Hofstadter, R. (1955). *The age of reform*. Vintage Books.
- Hofstadter, R. (1969). North America. En G. Ionescu y E. Gellner (Comps.), *Populism: Its meanings and national characteristics* (pp. 9-27). The Garden City Press.
- Jäger, A. (2016). *The semantic drift: Images of populism in post-war American historiography and their relevance for (European) political science*. Populismus. <https://www.populismus.gr/wp-content/uploads/2016/07/WP3-jaeger-final-upload.pdf>
- Kazin, M. (1998). *The populist persuasion: An American history*. Cornell University Press.
- Le Bon, G. (1963). *Psicología de las multitudes*. Divulgación.
- Lipset, S. M. (1993). *El hombre político: Las bases sociales de la política*. Iberoamericana.
- Lipset, S. M. (2000). *El excepcionalismo norteamericano: Una espada de dos filos*. Fondo de Cultura Económica.
- Mannheim, K. (2004). *Ideología y utopía: Introducción a la sociología del conocimiento*. Fondo de Cultura Económica.
- Müller, J. W. (2016). *What is populism?* University of Pennsylvania Press.
- Nugent, W. (2013). *The tolerant populists: Kansas populism and nativism*. University of Chicago Press.
- Pollack, N. (1965). Fear of man: Populism, authoritarianism, and the historian. *Agricultural History*, 39(2), 59-67.
- Pollack, N. (1976). *The populist response to industrial America*. Harvard University Press.

- Populist Party Platform. (1982). En R. Hofstadter y B. Hofstadter (Eds.), *Great Issues in American History: Vol. 3. From reconstruction to the present day: 1864-1981* (pp. 3-22). Vintage Books.
- Rabotnikof, N. (2018-2019). Populismo: Conceptos, vocabularios y experiencias. *Diánoia*, 63(81), 3-22.
- Redondo, J. (2018). El populismo norteamericano de ayer y hoy. En A. Rivero, J. del Palacio, y J. Zarzalejos (Eds.), *Geografía del populismo: Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump* (pp. 188-222). Tecnos.
- Salmorán, G. (2021). *Populismo: Historia y geografía de un concepto*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Taggart, P. (2000). *Populism*. Open University Press.
- Turner, J. (1980). Understanding the populists. *The Journal of American History*, 67(2), 354-374. <https://doi.org/10.2307/1890413>
- Woodward, C. V. (1959-1960). The populist heritage and the intellectual. *The American Scholar*, 29(1), 55-72.
- Worsley, P. (1969). The concept of populism. En G. Ionescu y E. Gellner (Comps.), *Populism: Its meanings and national characteristics* (pp. 212-251). The Garden City Press.
- Zinn, H. (1999). *La otra historia de los Estados Unidos*. Siglo XXI.